

Capítulo 1

El cuervo avanzaba volando a lo largo del borde del acantilado. Debajo, las olas rompían contra las rocas, ascendiendo más alto con cada embate, casi alcanzando al negro pájaro con su furiosa espuma. Se desvió para dirigirse tierra adentro a través de campos de flores silvestres, sobrevolando laderas peladas hasta llegar al límite de la vegetación arbórea. Parecía ir sin rumbo fijo mientras se deslizaba lentamente por el cielo con los rayos decrecientes de sol fulgurando en sus plumas traseras. Algunos fragmentos de nubes empezaron a desplazarse por el horizonte, intercalándose casi en su estela como si el ave atrajera una sombra gris sobre la tierra que se extendía debajo.

Una vez que alcanzó el grupo de árboles, el ave cambió de velocidad y descendió en picado para maniobrar deprisa a través de las ramas frondosas y en torno a troncos de árboles, como si compitiera con el sol poniente. Luego voló lo más recto posible por la ladera hasta el bosquecillo situado en la falda más distante de la montaña, avanzando infalible hasta una rama gruesa y retorcida donde se posó. Doblando las alas con cierta majestuosidad, fijó con gran atención sus ojos redondos y brillantes en la mujer menuda que se encontraba bajo el árbol.

Nicoletta aplastaba con esmero la fértil tierra que rodeaba el pequeño helecho trasplantado hacía poco. Esta tierra era más rica que la cercana a su casa, permitía florecer las variedades de plantas menos comunes que tanto necesitaba. Empleaba sus extractos como medicamentos

para la gente de los *villaggi* y granjas de los alrededores. Lo que había empezado como un pequeño huerto en la ladera se había transformado en una enorme tarea, trasplantando finalmente aquí todas las hierbas y flores que precisaba para diversos remedios y pócimas. Con las manos enterradas a fondo en la tierra, las ricas fragancias del herbaje la envolvían en medio del derroche de color de la vegetación diseminada a su alrededor, plantada por ella misma.

De pronto se estremeció cuando una nube gris oscureció los últimos rayos cálidos del sol, dejando en su mente el mal augurio de un desastre. Se levantó muy despacio, sacudiéndose la tierra húmeda de las manos y de su larga y amplia falda, antes de ladear la cabeza y alzar la vista al pájaro posado muy quieto en el árbol por encima de ella.

—De modo que has venido a buscarme —declaró, en voz baja y ronca en el silencio del bosquecillo—. Nunca me traes buenas noticias, pero te perdono.

El pájaro la observó fijamente, con sus pequeños ojos redondos brillantes y luminosos. Un prolongado rayo de luz alcanzó las plumas dorsales, volviéndolas casi iridescentes antes de que las nubes grises oscurecieran el sol por completo.

Nicoletta suspiró y se echó hacia atrás la mata de pelo largo y reuelto que ondeó como una cascada hasta debajo de su cintura, con pequeñas ramas atrapadas en los mechones sedosos. Parecía tan misteriosa y mística como el cuervo negro, una criatura salvaje e indómita allí descalza, con sus ojos oscuros y rasgos delicados dorados por el sol. Tal vez una bruja joven y bella creando sortilegios en medio de su espléndido jardín exótico.

El ave abrió el pico y emitió un agudo graznido, una nota disonante en el silencio del bosquecillo. Por un momento los insectos detuvieron el zumbido incesante y hasta la mismísima tierra pareció contener el aliento.

—Ya voy, ya voy —dijo ella, cogiendo una bolsa de fino cuero.

Levantó la cabeza hacia el cielo y luego se volvió describiendo un lento círculo, manteniendo los brazos estirados, como orientándose hacia las cuatro direcciones, norte, sur, este y oeste. El viento levantaba su ropa y le sacudía el cabello como un manto a su alrededor. Luego se

apresuró a recoger las hojas y semillas de varias plantas, añadiéndolas a las hierbas secas y bayas machacadas que ya había metido en la bolsa de medicamentos.

Nicoletta empezó a correr por el sendero trillado que descendía colina abajo. Los arbustos se enredaban en su amplia falda y el viento le tiraba del pelo, pero se abría paso fácilmente a través de zarzas y densa vegetación. Ni una sola vez sus pies tropezaron con una piedra o rama esperando en el camino. Al acercarse al arroyo, se limitó a recogerse las faldas sobre sus piernas desnudas y corrió por las piedras lisas y expuestas, levantando de cuando en cuando una rociada de agua, como una ducha de diamantes relucientes.

A medida que se acercaba al mar, la madera dio paso a prados y luego a la roca árida. Podía oír contra los acantilados el estruendo del mar intentando continuamente erosionar las cumbres enormes. Se detuvo antes de concluir el descenso para contemplar el enorme *palazzo* que formaba una mole imponente en el siguiente risco sobre el mar furioso. El castillo era grande y hermoso, aunque oscuro y amenazador, elevándose allí entre las sombras. Se rumoreaba que sus grandes pasillos escondían muchos secretos y que los pasadizos ocultos podían llevar a alguien directamente al mar en caso necesario.

El palacio de varias plantas tenía gabletes, torrecillas, altas terrazas y la torre de triste fama, una especie de prisión según la leyenda. La tracería que daba al acantilado estaba tallada con segmentos de piedra delgada formando intersecciones y diseños intrincados que parecían significar algo más que una simple división de paredes de piedra con largas ventanas. Esas galerías y sus trazos inusuales siempre captaban su atención..., pero también la hacían sentirse observada. Esculpidos en los aleros, gabletes, torrecillas e incluso en la torre había centinelas silenciosos, gárgolas aterradoras observando el campo circundante con huecas miradas fijas y alas extendidas.

Nicoletta sacudió la cabeza sin atreverse a demorarse más. Percibía la premura, la necesidad de seguir moviéndose era grande. Dio la espalda al palacio y se puso a caminar rápido por el sendero sinuoso que se alejaba del mar en dirección de nuevo a las tierras interiores. Las primeras casas se hicieron visibles, pequeñas y pulcras granjas y viviendas

salpicadas por las colinas. Le encantaba la visión de estos hogares, le encantaba esta gente.

Una mujer mayor salió a su encuentro cuando entraba en la plaza principal del asentamiento.

—¡Nicoletta! ¡Mírate! ¿Dónde están tus zapatos? ¡Deprisa, *piccola*, debes darte prisa! —La mujer que la llamaba «pequeña» parecía re-prenderla, como tantas veces, pero ya le estaba retirando con cariño las ramitas y hojas de su largo cabello—. Deprisa, *piccola*, los zapatos. Y arréglate el pelo mientras andamos.

Ella sonrió y se inclinó hacia la mujer para darle un beso en la mejilla surcada de arrugas.

—Maria Pia, eres la niña de mis ojos. Pero no tengo ni idea de dónde he dejado las sandalias.

Así era. En algún lugar del camino, tal vez junto al arroyo.

Maria Pia Sigmora soltó un suave suspiro.

—*Bambina*, aunque seas nuestra sanadora, acabarás matándonos.

Nicoletta era la alegría del *villaggio*, su alma, su secreto. Era imposible de educar, como intentar retener el agua o el viento en las manos. La mujer mayor alzó un brazo e hizo una señal en dirección a la cabaña más próxima. Al instante oyó el sonido de risas y una niña salió corriendo con un par de sandalias finas arrastrando las correas por el suelo.

Con una risita, la niñita de pelo oscuro tiró los zapatos a Nicoletta.

—Sabíamos que los perderías —dijo.

Ella se rió, con un sonido suave y melodioso como el del agua que corría por los arroyos próximos.

—Ketsia, diablillo, lárgate ahora y deja de atormentarme.

Maria Pia ya había empezado a descender por el estrecho sendero de regreso a los acantilados.

—Vamos rápido, Nicoletta, y tréznate el pelo. Una pañoleta, *bambina*... debes cubrirte la cabeza. Y coge mi chal. No puedes hacerte notar.

Cloqueaba las órdenes por encima del hombro mientras caminaba con brío. Era mayor, pero se movía como alguien aún joven, acostumbrada a desplazarse por las empinadas laderas.

Nicoletta mantenía el paso con facilidad, con las sandalias colgadas del cuello por las correas mientras se recogía con destreza el pelo en una trenza larga y gruesa. Luego se lo enroscó y se cubrió la cabeza con una fina pañoleta.

—¿Vamos al *Palazzo della Morte*? —adivinó.

Maria Pia se giró en redondo con un fiero ceño, emitiendo un lento resoplido de desaprobación.

—No digas eso, *piccola*, trae mala suerte.

Nicoletta se rió en voz baja.

—Te crees que todo trae mala suerte.

Se ajustó el maltrecho chal negro en torno a los hombros para taparse los brazos desnudos.

—Todo es mala suerte —refunfuñó Maria Pia—. No puedes decir esas cosas. Si él lo oyera...

—No es mala suerte —insistió Nicoletta—. ¿Y quién va a contarle lo que he dicho? No es la mala suerte lo que mata a las mujeres que van a trabajar a ese lugar, es otra cosa.

Maria Pia se santiguó mientras miraba a su alrededor con cautela.

—Ten cuidado. Las colinas tienen oídos. Todo llega a su conocimiento, y sin su buena voluntad nuestra gente no tendría hogar ni protección.

—Por eso tenemos que tratar con *Il Demonio* y rezar para que el precio no sea demasiado alto.

Por primera vez había amargura en Nicoletta.

Maria Pia se detuvo un momento y estiró el brazo para coger a la joven por el brazo.

—No pienses esas cosas, *piccola*, dicen que puede leer la mente —advirtió cariñosa con dulzura, con pena y dolor en sus ojos.

—¿Cuántas más de nuestras mujeres y niños se tragará ese sitio antes de que esto acabe? —preguntó Nicoletta con llamaradas de rabia centelleante en sus ojos oscuros—. ¿Tenemos que pagar las deudas con nuestras vidas?

—Calla —insistió Maria Pia—. Regresa al *villaggio*. Con esta actitud, no deberías acompañarme.

Nicoletta se adelantó a la mujer, con la espalda derecha y los hombros erguidos, y la indignación perceptible en cada paso.

—Como si fuera a dejar que te enfrentaras al *Signore Morte* a solas. No puedes pasar por esto sin mí. Lo percibo, Maria Pia, debo ir si queremos que ella viva.

Nicoletta pasó por alto el jadeo escandalizado de Maria Pia cuando admitió sin tapujos que sabía algo que aún no se les había revelado. Intentó no sonreír mientras ésta hacía la señal de la cruz, primero para sí misma y luego sobre ella.

La bruma se elevaba formando volutas sobre el mar espumoso, unas finas gotitas salpicadas de agua salada rodeaban sus tobillos y se pegaban a la ropa. Se había levantado ahora un viento que soplaba con furia desde las olas para vapulear sus cuerpos menudos como si intentara forzarlas a retroceder. Se vieron obligadas a aminorar la marcha y a fijarse dónde pisaban en aquel sendero menos transitado que llevaba al enorme palacio. Mientras doblaban el empinado y estrecho risco que sobresalía del mar y el palacio se hacía visible, el sol se puso finalmente por debajo del horizonte de agua, tiñendo de color rojo sangre el cielo por encima de ellas.

Maria Pia soltó un grito y se detuvo cuando el vivo color se desplazó por los cielos como un augurio de desastre y muerte. Gimoteó en voz baja, temblando mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás, sujetando la cruz que le rodeaba el cuello.

—La muerte nos espera.

Nicoletta rodeó los hombros de la mujer con un brazo protector, con rostro apasionado y vehemente.

—No, no es cierto. No voy a perderte, Maria Pia, no. ¡No puede engullirte como ha hecho con las otras! Voy a demostrar que soy demasiado fuerte para él y sus terribles maldiciones.

El viento aullaba y tiraba de sus ropas, enfurecido por el desafío.

—No digas esas cosas, *bambina*. Es peligroso pronunciar en voz alta esas palabras. —Maria Pia se irguió—. Yo ya soy mayor; mejor que vaya sola. Ya he vivido mi vida, Nicoletta, la tuya no ha hecho más que empezar.

—El *Palazzo della Morte* se ha llevado a *mia madre* y a *mia zia*. No te va a engullir a ti también. ¡No lo permitiré! —juró Nicoletta con despecho, devolviendo las palabras al viento furioso, negándose a do-

blegarse ante su intensidad salvaje—. Voy a ir contigo como siempre, ¡y él puede irse al infierno!

Maria Pia soltó un jadeo horrorizado y bendijo tres veces a la muchacha antes de continuar por el camino. El viento soltó su cólera por el desafío de Nicoletta, rugiendo a través del paso, provocando la caída de varios guijarros que se escurrieron desde arriba, acribillando a ambas mujeres mientras corrían entre los dos riscos. La joven rodeó la cabeza de la mujer mayor con un brazo protector en un intento de salvaguardarla de la lluvia de piedras que caía a su alrededor como una cascada mientras corrían.

—¿Puede dar órdenes incluso a las mismísimas montañas? —gimió Maria Pia.

Sus palabras se fueron volando arrastradas hasta el mar por la furia del viento.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Nicoletta pasando las manos sobre la mujer mayor por si había heridas, mientras su rabia y desafío se arremolinaban como la bruma.

Pese a las emociones que bullían en ella aplicaba las manos con contacto delicado, ligero y calmante.

—No, no me hecho daño en absoluto —le aseguró Maria Pia—. ¿Y qué me dices de ti?

Nicoletta se encogió de hombros. Notaba el brazo entumecido, pero la roca que le había dado no era especialmente grande, se sentía afortunada por haber escapado con tan sólo un rasguño. Se encontraban ahora en los terrenos del *palazzo*, y por encima las nubes se oscurecían y aglomeraban como la olla de una bruja. Grandes sombras oscuras se propagaban por todas partes, ensombreciendo cada arbusto, árbol y estatua mientras la mansión se elevaba ante ellas; surgía directamente del risco, un castillo reluciente con su enorme torre ascendiendo hacia los cielos. Esculturas enormes y pesadas, y otras más pequeñas y delicadas, salpicaban los terrenos que además exhibían grandes piedras talladas en cúmulos impresionantes en torno al laberinto y los jardines. Dos enormes fuentes de mármol con extremos dorados y una buena dosis de deidades paganas con alas se elevaban en los centros de los patios redondeados.

Nicoletta y Maria Pia iniciaron el ascenso por un sendero immaculado hasta la puerta del castillo, con las estatuas lanzándoles miradas desafiantes y el viento azotándolas sin tregua. La puerta era gigantesca, con tallas intrincadas. Nicoletta estudió el grabado durante un momento mientras Maria Pia no paraba de toquetearla, asegurándose de que iba correctamente tapada.

—Los zapatos, *bambina* —reprendió la mujer.

Las dos se estremecían con el incesante viento. Estaba oscuro y tenebroso ante la monumental puerta, que parecía observarlas también con desagrado. Nicoletta pensó que el tallado reflejaba almas perdidas aullando en las llamas, pero claro, su imaginación siempre se desbordaba cuando se acercaba a este sitio. Maria Pia sostuvo la pesada aldaba y permitió que cayera. Resonó con un estruendo cavernoso, un sonido hueco y lastimero entre la creciente bruma y oscuridad.

Nicoletta se apresuró a ponerse las desagradables sandalias, atándose las tiras alrededor de los tobillos mientras la puerta se abría silenciosamente. Hileras de velas alargadas ardían en apliques en el altísimo vestíbulo de entrada, danzando y titilando por las altas paredes, envolviendo de sombras grotescas el largo pasillo y techos abovedados. El hombre de pie en el umbral era alto y delgado, con mejillas descarnadas y cabello salpicado de plata. Sus ojos oscuros se desplazaron sobre las dos mujeres con un matiz de desdén, pero su rostro permaneció inexpresivo.

—Por aquí.

Durante un momento ninguna de las dos mujeres se movió. Cuando Nicoletta se adentró en el *palazzo*, al instante la tierra se desplazó. Aunque el movimiento pareció el más leve temblor, apenas perceptible, las velas del vestíbulo oscilaron y las llamas dieron unos altos brincos de advertencia, mientras la cera salpicaba el suelo. Maria Pia y Nicoletta se miraron la una a la otra. La mujer mayor hizo una rápida señal de la cruz en dirección al interior de la casa y luego otra vez tras ellas hacia la oscuridad y el viento aullante.

El sirviente se volvió para mirarlas. Al instante, Maria Pia le siguió, pero primero alteró todo su porte. Se irguió y se mostró segura, transmitiendo una dignidad tranquila. Nicoletta asumió la postura contraria,

hundió los hombros y avanzó furtivamente por el gran pasillo, dirigiendo miradas nerviosas a un lado y a otro, con la cabeza muy agachada y los ojos fijos en el suelo. Avanzó pitando junto a la pared, confiando en fundirse con las sombras, las finas sandalias silenciosas sobre el suelo de baldosas de mármol, sin atraer la atención en su intento de hacerse pasar por la humilde aprendiz de la sanadora.

El hombre que abría la marcha torció varias veces y tomó pasadizos y corredores, atravesó diversas habitaciones moviéndose tan deprisa que una persona normal no tendría tiempo de advertir ninguno de los puntos de referencia. Maria Pia parecía serena a pesar de las circunstancias, confiando en que Nicoletta, igual que tantas veces en el pasado, recordara el camino de vuelta. El interior del palacio era un ejemplo increíble de la imaginación y arte de un maestro artesano. Las paredes de enorme grosor eran de liso mármol rosa y blanco. El techo alto y abovedado tenía impresionantes arcos y cubiertas. Los suelos eran por completo de baldosas de mármol, grandes bloques extremadamente lisos bajo los pies. Había abundantes esculturas y obras de arte a menudo de criaturas con grandes alas vigilando la guarida del diablo. Los pórticos y hornacinas acogían tallas intrincadas de ángeles y demonios. Caballos y criaturas míticas aparecían por encima de los arcos y a lo largo de las paredes, grandes columnas y arcos se elevaban hacia arriba; y cada habitación era más grande y más recargada que la anterior. Las velas dotaban de cierta animación a las esculturas, que miraban con animosidad a las mujeres apresurándose por los tenebrosos pasillos.

El sonido de unos gemidos reverberó por los pasillos. Cuando doblaron un recodo, dos mujeres hicieron aparición. Una sostenía a la otra, la joven con sollozos histéricos, la mayor llorando en voz baja. Tras ellas un joven permanecía con cierta impotencia, era obvio que embargado por el dolor, tapándose el rostro con una mano. Una rápida mirada reveló a Nicoletta que eran personajes de alta alcurnia, con ropa fastuosa y el cabello perfecto pese a las circunstancias. Por algún motivo ese detalle se le quedó grabado. Conocía a las dos mujeres de vista, por supuesto; a menudo iban al *villaggio* con sus sirvientes en busca de nuevos tejidos para sus costureras. La mujer mayor era hermosa, fría y distante, no más de treinta y cinco años, probablemente más joven.

Portia Scarletti y su hija, Margerita. Portia era viuda, una pariente distante de los Scarletti que había vivido en el palacio la mayor parte de su vida. Su hija tenía unos quince o dieciséis y era extremadamente altiva con las muchachas en el *villaggio*. Nicoletta sabía que el joven era Vincente Scarletti, el hermano pequeño del don. Apartó la mirada a toda prisa y se encogió aún más, perdiéndose por la penumbra del pasillo.

El criado que les acompañaba se detuvo en la puerta.

—La *bambina* está aquí, está muy enferma.

El tono fatalista y lúgubre de la voz indicaba que habían tardado demasiado en llegar. Abrió la puerta y luego retrocedió sin entrar en la habitación, más bien se apartó deprisa, cubriéndose con discreción la boca y la nariz con la mano. Una oleada de calor y olor nauseabundo surgió explosiva del dormitorio. El hedor era inaguantable.

La niña había vomitado repetidas veces. La colcha estaba húmeda y manchada por los intentos del cuerpo de librarse de las toxinas. Nicoletta tuvo que aplacar una oleada de rabia por el hecho de que los adultos dejaran a una criatura sufriendo a solas por temor a un posible contagio. Reprimió la necesidad de sentir una náusea por el hedor de mil demonios y se acercó a la cama. Tras ella la puerta se cerró de golpe con un fuerte portazo. A pesar del grosor, no ahogaba el gímoteo inútil y molesto que venía del pasillo. La chimenea bramaba, generando un calor tremendo, y la habitación parecía brillar con un naranja extraño e inquietante a causa de las llamas.

La niña se veía menuda en medio de la pesada cama de madera. Pequeña, tal vez siete años, tenía el pelo oscuro enredado y las ropas manchadas y empapadas en sudor. Su rostro cubierto por gotas de transpiración se retorció de sufrimiento. Nicoletta se acercó a ella sin vacilación, reflejando en sus ojos oscuros toda su compasión. Rodeó con la mano la pequeña muñeca de la niña, con el corazón encogido.

—¿Por qué esperaron tanto a llamarnos? —susurró bajito.

Algo grande y amenazador se agitó en las sombras alejadas de una cavidad empotrada cerca de los grandes ventanales. Maria Pia chilló y de un brinco retrocedió santiguándose hacia la puerta. Nicoletta se situó protectora entre las sombras y la niña, preparada para defenderla del espectro de la muerte. El cuerpo grande de un hombre surgió poco

a poco de la oscuridad. Era alto, de constitución poderosa, con pelo negro largo y húmedo de sudor. Se balanceó con inestabilidad por un instante, con una mano pegada al estómago. El dolor marcaba líneas profundas en su rostro.

Nicoletta se apresuró a moverse hacia él, pero el hombre negro con la cabeza y sus ojos negros como el azabache se entrecerraron como advertencia.

—No te acerques a mí. —Su voz sonaba débil pero transmitía una autoridad inconfundible. Indicó con un gesto a la niña en la cama—: ¿Es la Peste Negra?

Su mirada estaba fija en el rostro arrugado de Maria Pia.

Las dos mujeres se quedaron paralizadas por un momento. Era el don, el propio don Scarletti. Incluso enfermo como estaba, estremecido por la fiebre y el dolor, parecía poderoso y muy capaz de deshacerse con facilidad de ellas dos. Para disgusto de Nicoletta, Maria Pia se santiguó por segunda vez.

—¡Dio! ¡Dios, mujer, quiero una respuesta! —exigió, juntando los dientes blancos como un lobo hambriento—. Signorina Sigmora, ¿tenemos la plaga?

Maria Pia dirigió una breve mirada a Nicoletta, que negó levemente con la cabeza y de nuevo se acercó a la niña, retomando enseguida su actitud de asustada muchacha de servicio. Era muy versada en aquel papel, empleándolo siempre que era preciso. No volvió a mirar al hombre, centrando toda la atención en la pequeña. Salvarla iba a ser una lucha; la niña casi se les había ido. Entonces retiró la colcha y la ropa de cama con energía, se alegró de abrir con resolución la puerta y arrojar todo aquello al pasillo donde merodeaban el altivo criado y las gimientes aristócratas.

—Necesitamos agua caliente —dijo sin levantar la mirada—. Mucha agua, paños limpios, y cambiar de inmediato la ropa de cama. Y dos sirvientas para ayudar a limpiar esta habitación. La sanadora debe disponer de estas cosas ahora si queremos que la *bambina* viva.

Su voz sonaba aflautada y débil, una cualidad también bien practicada. Retrocediendo apresuradamente al interior del cuarto, no prestó atención al hombre apoyado en la pared y abrió de golpe la ventana. El

viento entró aullando en la habitación, levantando las cortinas con una danza macabra, mientras el fuego brincaba y bramaba. El frío aire del mar penetró de inmediato con fuertes ráfagas y la temperatura de la habitación descendió casi al instante mientras la bruma expulsaba el terrible hedor.

La niña temblaba, con su cuerpo chorreando sudor. Nicoletta la despojó de las ropas empapadas y le alisó el pelo. Maria Pia se inclinó un poco más para poder consultarse entre ellas:

—¿Estás segura de que no es la Muerte Negra? Él también está enfermo.

—Tengo que saber que alimento compartieron.

Los labios de Nicoletta apenas se movieron. Apoyaba las manos con delicadeza sobre el abdomen hinchado de la niña.

—Buen señor —preguntó Maria Pia—, ¿compartieron alguna comida la niña y usted? Debo saber si han tomado un mismo alimento o bebida.

El hombre temblaba casi de forma incontrolada. Apretaba los dientes para que no le castañetearan.

—¿Estáis seguras de lo que hacéis, dejando que entre el frío así?

—Debemos bajar la fiebre deprisa. Los dos tienen demasiada calentura. Y la habitación apesta a enfermedad. No es bueno. Vamos, vamos, muchacha, démonos prisa.

A Maria Pia no le gustaba la manera en que sus ojos negros y penetrantes absorbían las manos graciosas y calmantes de Nicoletta mientras se desplazaban sobre la niña. Se ubicó a posta delante de la joven fingiendo examinar a la paciente.

—¿Y bien, don Scarletti? ¿Compartieron los mismos alimentos?

—Compartimos una ración de sopa. Sophie no pudo acabarla, y yo la ayudé.

Las palabras revelaban más de aquel hombre de lo que él podía pensar.

Nicoletta le dedicó una mirada; no pudo evitarlo. Era *Il demonio*, y su familia estaba marcada por una terrible maldición. Era arrogante y distante, frío e inflexible, a sus vecinos les aterrorizaba contrariarle, no obstante había compartido con la niña el tazón de sopa, tal vez para

evitar que la castigaran por no acabar su comida. Era la primera cosa agradable que había oído de él, su dictador, su amo, el hombre que ostentaba el poder sobre la vida y la muerte de su gente.

Maria Pia tosió para atraer la atención de la chica. Ella se apresuró a reanudar su farsa de insignificante y tímida aprendiz de la sanadora Signora Sigmora, y se encogió mientras cerraba la ventana y colocaba bien las cortinas. Dos criadas se asomaron asustadizas con cubos de agua caliente y montones de paños bajo los brazos. El sirviente más alto que entró tras ellas llevaba colchas limpias dobladas entre las manos. Ninguno de ellos entró, sino que esperaron en el pasillo. Nicoletta mostró poca paciencia con ellos y cogió el agua y los paños con cierta brusquedad, dejándolos en el suelo antes de arrebatarse las colchas de las manos del tercer sirviente. Les cerró la puerta con un decidido puntapié, confiando en darles en las narices.

Maria Pia la reprendió entre dientes, con un marcado ceño, para recordarle que don Scarletti observaba. Entonces las dos se pusieron a trabajar. Mientras Maria Pia bañaba a la niña tanto para bajar la fiebre como para lavarla, Nicoletta restregó la habitación y la cama. Maria Pia consultó a su «ayudante» en susurros con cierta frecuencia. Nicoletta, bajo la mirada vigilante de la mujer mayor, combinó varias pociones, asegurándose de que los medicamentos se mezclaban adecuadamente. Era ella quien atendía a la niña, cogiendo el cuerpecito en brazos y acunándolo con delicadeza, mientras le daba pequeños sorbos, convenciendo y tranquilizándola con susurros de ánimo mientras el demonio la observaba desde la esquina con su constante e implacable mirada negra.

Sólo cuando la niña hizo un débil intento de beber por sí sola él se movió por fin, hundiéndose contra la pared como si sus piernas ya no sostuvieran su peso.

Maria Pia se acercó a él al instante, ayudándole a sentar su gran cuerpo musculoso.

—Está ardiendo —dijo con una mirada nerviosa a Nicoletta.

La muchacha dejó a la niña con cuidado en la cama, tapándola con la colcha. La manta atrajo su atención. Pulcras y pequeñas puntadas, hermosa artesanía, el diseño tan querido y familiar. Por un momento le

costó contener la respiración y la garganta se le obstruyó con recuerdos dolorosos. Intercambió el puesto con Maria Pia, como si la mujer mayor necesitara examinar a la niña mientras la asistenta se ocupaba de las necesidades básicas del segundo paciente.

Entonces empleó la excusa para pasar las manos por la piel caliente del don, para examinarle y «percibir» la enfermedad. Don Scarletti era todo músculo marcado, nervudo, tan duro como un tronco de árbol bajo sus dedos suaves y exploradores. Los pasaba con ligereza sobre él, calmándolo con tan sólo el contacto.

De repente él le rodeó la muñeca con los dedos, sujetándola como una tenaza mientras examinaba su mano para observarla con curiosidad.

Esos ojos cargados de dolor vieron demasiado. Nicoletta tiró para soltar la mano, con el corazón latiéndole inquieto en el pecho. Se apartó de él y salió de su alcance, volviendo a las sombras y ajustándose mejor el chal. Había peligro en el atento escrutinio del hombre. Ambas mujeres habían perfeccionado su simulación, la inversión de papeles que garantizaba la seguridad de Nicoletta, protegiendo sus «diferencias» con éxito de las miradas de aquellos que pudieran sospechar que era una bruja y llamar a la Santa Iglesia —o al propio don Scarletti— para que la investigara... o algo peor.

Maria Pia chasqueó la lengua expresando su apoyo mientras se movía aparentando ajeteo. Consultó a su asistente, observándola de cerca para asegurarse de que la joven mezclaba correctamente sus polvos y recetas, e insistió en ayudar ella misma a don Scarletti a tragar el líquido.

—Ahora debe descansar —ordenó Maria Pia—. Nos ocuparemos de la niña durante la noche. Rece para que no hayamos llegado demasiado tarde.

Nicoletta hizo una discreta señal con la mano una vez más mientras continuaba convenciendo a la niña de que diera pequeños tragos a la medicina.

—Debo saber si los demás están enfermos. ¿Tomó sopa alguien más? —preguntó Maria Pia por sugerencia de Nicoletta.

El hombre negó con la cabeza y murmuró:

—Nadie más —y pasó por alto los jadeos nerviosos de la mujer cuando lo vio levantarse y cruzar tambaleante la habitación hasta la gran silla—. Me quedaré con la niña.

Lo dijo con firmeza, cerrando los ojos y volviendo la cabeza.

Maria Pia miró indefensa a Nicoletta, quien se encogió de hombros. La habitación quedó lo más limpia posible en tan breve plazo de tiempo. La fiebre de la niña había bajado levemente, aunque seguía bastante enferma. Pero el hecho de retener la poción preparada por Nicoletta, que su estómago no la rechazara, era buena señal. Lo más probable era que el don no estuviera tan enfermo como la niña. Era mucho más fuerte, más grande, y su cuerpo más capaz de combatir los efectos dañinos de la sopa que habían ingerido ambos.

Maria Pia sacó varias velas de la cartera de cuero de Nicoletta y las dispuso por la habitación. La muchacha las había hecho con cera de abeja y varias hierbas aromáticas. Su fragancia llenó de inmediato la estancia, disipando los últimos restos del hedor a enfermedad. La fragancia era además calmante y apaciguadora, ayudando a tranquilizar más a la niña.

—*Mio fratello* espera noticias de la *bambina*.

Era otra orden, transmitida por un hombre acostumbrado a ser obedecido.

A Nicoletta le indignaba que el hermano —el padre de la niña— se encontrara fuera de la habitación, dejando a su hija al cuidado del tío enfermo y dos desconocidas. Se mordió el labio con fuerza para no proferir sonido alguno. Nunca entendería a la aristocracia. Nunca.

Maria Pia abrió la puerta y comunicó las noticias de que el señor se recuperaría y que ellas continuarían luchando por la vida de la niña durante toda la noche. No era la temida enfermedad que la familia tenía en mente, y don Scarlett quería que lo supieran.

Nicoletta deseó que todos se marcharan y dejaran su inútil llanto. ¡De qué servía tanto barullo! Ninguno de ellos se había acercado a la niña por temor al contagio de la enfermedad. ¡Pobre *bambina*, qué poco les importaba! ¡Hasta su propio padre se negaba a verla! Su corazón se conmovió por la pequeña.

Entonces, cuando el silencio se apoderó por fin de la casa, se aco-

modó en la cama, cerca de la pequeña Sophie. La niña necesitaba con desesperación más medicina para contrarrestar los efectos de la intoxicación. ¿Habría sido accidental? ¿O intencionada? Intentaba no pensar en eso mientras se quitaba las sandalias y se acomodaba contra el extraño cabezal tallado, levantaba las rodillas y metía las piernas desnudas bajo la larga falda. Con el relumbre del fuego avivado y las velas vacilantes, había luz suficiente para observar la habitación.

Nicoletta no entendía por qué alguien iba a instalar a una niña tan pequeña en una alcoba tan grande. Era demasiado grande, y los grabados tallados en las paredes eran demoníacos: largas culebras enrolladas con lenguas bífidas y extrañas serpientes con colmillos y uñas retozando entre las enormes ventanas. Los relieves de mármol y una gárgola de aspecto especialmente perverso parecían casi vivos, como si pudieran saltar de un brinco de las paredes y atacarla. Las cortinas eran pesadas y oscuras, el techo excesivamente alto y tallado con una plétora de animales alados con afilados picos y garras. No podía imaginar a una niña de siete años intentando conciliar el sueño con estas criaturas rodeándola en la oscuridad.

Finalmente, Maria Pia se quedó dormida desplomada en una pequeña silla al lado del fuego. Ella la tapó con el cobertor sobrante y comprobó reacia el estado del don. Estaba muy callado, su respiración era aún lo bastante superficial como para dejar ver que continuaba sufriendo, a pesar de que se negara a reconocerlo. Aunque casi le atemorizaba tocar a aquel hombre, le puso una mano refrescante en la frente. Una extraña corriente circuló de pronto entre ellos dos. Notó cómo formaba un arco y crepitaba bajo su piel, también bajo la de él, y aquello la inquietó de manera visible. Al aristócrata le había bajado la fiebre pero no había desaparecido del todo. Con un pequeño suspiro, le acercó una taza de líquido a la boca. No quería despertarle, pero él también necesitaba medicamentos que aseguraran su recuperación.

Scarletti levantó la mano con brusquedad para atrapar la de ella, que sostenía la taza mientras bebía, resultando imposible que se soltara. Tenía una fuerza enorme para un hombre tan enfermo. Cuando vació el contenido, bajó la taza pero retuvo su mano.

—Me preguntó cómo sabe la sanadora qué remedio usar. He oído

de sus habilidades; a menudo hablan de la curandera de vuestro *villagio* con gran respeto.

Nicoletta entró en tensión, notaba el corazón latiendo en sus oídos. Estiró con menos sutileza, para recordarle que la soltara, pero esta vez él apretó un poco más, sin permitir que escapara hacia las sombras otra vez. Esto era peligroso, percibía la amenaza sobre ella.

—No... no sé, don Scarletti. Sus secretos le pertenecen sólo a ella.

Tartamudeó a posta y bajó la cabeza, encogiéndose como una criada no demasiado lista.

Continuaba sujetándola para que no se moviera, contemplándola con ojos entrecerrados. Con la luz del fuego parecía un demonio siniestro y peligroso, demasiado sensual y poderoso como para jugar con él. Nicoletta no titubeó bajo su escrutinio, aunque quería soltar la mano y salir corriendo para ponerse a salvo. Era mucho más peligroso de lo que había pensado en un principio. Ella notaba cómo lo percibía todo. Bajó la vista al suelo con resolución.

El señor la mantuvo retenida unos momentos más, luego la soltó con brusquedad, cerrando los ojos como si la despidiera. Ella evitó soltar un suspiro de alivio cuando pudo moverse deprisa para poner una distancia segura entre ambos, acurrucándose en la cama al lado de la niña una vez más. Respiró despacio, con calma, observando cómo ascendía y descendía el pecho de Scarletti, hasta que estuvo convencida de que había vuelto a dormirse.

Atendió a la niña varias veces, lavándola para mantener la fiebre baja, instándola a beber líquidos y preparados. Parecía respirar con más facilidad y cada vez que apoyaba una mano en el pequeño abdomen hinchado, parecía retorcerse menos, como si el dolor remitiera.

Al final ella misma se estaba quedando dormida cuando un movimiento en el extremo más alejado atrajo su atención. El tirador de una campanilla parecía balancearse aunque no hiciera brisa. Desplazó la mirada hacia la pared posterior y observó con atención. El liso e impecable panel parecía oscilar, como si su mirada estuviera desenfocada. Se sentó y observó fijamente. La pared era de un hermoso mármol rosa y blanco, no obstante parecía moverse con la parpadeante luz del fuego. Las sombras danzaban y se alargaban, y las llamas y las cortinas brinca-

ban como si se hubiera creado una corriente. Se estremeció cuando de repente se apagaron dos velas.

Durante un espantoso momento creyó ver el brillo de unos ojos observándola malévolos desde las sombras; luego la niña a su lado se movió inquieta, rompiendo el hechizo. Al instante Nicoletta la abrazó con gesto protector, y una vez más su mirada se perdió por la pared. Era perfecta como una piedra alisada por el mar. La niña empezó a lloriquear dormida, con un sonido bajo y lastimoso.

Entonces la acunó con dulzura y empezó a canturrear, luego cantó en voz baja una nana apaciguadora, una melodía susurrada. La pequeña empezó a relajarse en sus brazos, aferrándose a ella como si no fuera a soltarla. Las palabras, aunque olvidadas tiempo atrás, surgían con naturalidad, una balada que su madre le había cantado a menudo a ella de pequeña. Su corazón se conmovió por aquella niña solitaria, sin nadie que la abrazara en la oscuridad cuando tenía pesadillas.

Nicoletta miró a su alrededor, recorrió la habitación tenebrosa con la vista, tomando nota de los pesados cortinajes y tallas espantosas, lo bastante como para producir pesadillas a cualquiera. Mientras acunaba a la niña, ésta se acurrucó un poco más contra ella, y ambas se quedaron dormidas juntas, sin advertir cómo la observaba el hombre sentado en la silla a través de sus ojos entrecerrados.